



En casa, con el conde de Foxá, Luis Escobar, Manuel Muntañola, Marbel, Paco Rabal, Fidel García Berlanga, Marino Gómez Santos y el marqués de Santa Amalia

No ha sido narcisismo domiciliario, sino casual peripécia o casualidad necesaria, la que he elegido como escenario de esta primera tertulia el marco habitual de mi biblioteca, de mi cacharrería, de mi casa de Ríos Rosas, que ya va teniendo cierta tradición, cierta importancia, no por mí, sino por la gente que viene, y también por la melancólica razón de los años, ya que, en broma o no broma, este piso, que me da la sensación todavía de un campamento provisional en comparación con otros todavía habitados por la memoria nostálgica, tiene ya cinco años.

Una indisposición pasajera, que creí cosa de un día—lo fugitivo permanece y dura—, me trajo de Segovia, a principios de semana, escalofriado y gripalmente quebrantado de huesos, con un suplemento de tos y la orzada reclusión, que me tenía a al borde de renunciar esta semana a la inauguración de "Tertulia", algo reacio a hacerla con pocos elementos, cuando el sábado, por simple acumulación de gratas coincidencias y a una hora que no suele ser la marcada por mis costumbres, después de comer, y no a media tarde, nada menos que ocho contertulios se reunieron en torno a la chimenea de leños, y Pedro les dió café y copas sin tirar al suelo ninguna cucharilla, sin caer sentado en las rodillas de nadie, portándose ya como un criado casi perfecto, él, que anda, por razón de su juventud y del poco tiempo que lleva conmigo, en condición de novelado todavía.

Prácticamente hacía bastante tiempo que no veía a Agustín de Foxá, aunque incidentalmente le había encontrado en la recepción académica del arquitecto Luis Moya. Está notablemente más delgado, y tal vez se haya dejado en tierras americanas veinte kilos; su aspecto es menos fernandino que el de antaño. Marbel, el gran modisto, era la primera vez que venía a casa. Manolo Muntañola, autor de los magníficos dibujos de los trajes del "Edipo", de Pemán, acababa de llegar de Barcelona. Los demás, sobre todo el joven escritor Marino Gómez Santos, son amigos más frecuentes en mi comunicación habitual, a excepción de Rabal, que, por exigencias de los últimos días del doblaje de la película que está haciendo, sólo pudo permanecer con nosotros un momento. Hacía ilusión, por cierto, tener allí sentado y tranquilo a Edipo, un Edipo de paisano; al rey de Tebas, con americana azul y hablando sin hacerlo en endecasílabos y alexandrinos, como si tal cosa, de su falta de sueño y, al mismo tiempo, de su sueño futuro, porque Rabal está encantado del recibimiento que ha tenido en Madrid con el estreno del viernes en el Español.

—¿Está usted más cómodo vestido así?

Es fastidioso que con gentes como él, de ingenio increíble, ese ingenio no pueda tener casi nunca censo de cita pública. Alguien dice:

—Vivimos uno de los momentos más suspicaces e histéricos de la Humanidad. Dices de una ciudad que es una maravilla, una reliquia histórica; hablas de su señorío, de su tiempo parado, de su encanto de tal y de cual cosa, y se te ofenden por lo de tiempo parado. "¿Quiere usted decir que somos unos atrasados? ¿Por qué no cita usted que tenemos quince casas con ascensor? ¿Qué canallada es esta?" Así, cada día, el escritor se encuentra más limitado...

—Un refugio algo pesado, pero cómodo e impune, es la cultura.

Otro observa, hablando de un país, cuyo nombre, desde luego, no empieza por "Ce":

—Todo es allí urgente y modesto. ¡Con decir que a la cultura se le dice información! "El informado escritor doctor Ramírez." ¡Pero es eso serio!

Italia. Recuerdos de Curzio Malaparte. Anécdotas. Próximas obras a estrenar. Va a estrenar Luis Escobar, y va a estrenar también Foxá. Quedamos en que un día de la semana próxima iremos a casa de Luis para oír su obra.

Un aparte:

—¿Harás tú los figurines, Manolo?

Colecciones de las próximas modas: primavera y verano. Marbel nos explica detalles y sutilezas, nos adelanta la última hora de París, de Nueva York y de Londres.

Sube la fiebre. Junto a la chimenea donde arden los leños, sienta un gran frío. Valencia. Fidel García Berlanga me habla de ir a Valencia para las Fallas. Me habla también de la Falla de Dalí, que es la gran novedad de este año. Inevitablemente, Valencia está dividida en gentes que, sin conocer el proyecto, son partidarios de la

Falla de Dalí, y gentes que la detestan, naturalmente que sin conocerla también. Comentarios a la conferencia de la condesa de Campo Alange, en el Museo Romántico. Vuelta a Cuba. José María Chacón y Calvo. Parece que habrá que cortarle el pie. Sube la fiebre.

—¿Ni una copa?

—No, no, ni una. Agoté mi cupo.

Agustín va a recopilar sus crónicas americanas. Marino quiere escribir un Larra.

—¿Cuántos libros sacas tú ahora?

Pereza de contar. Frío y fiebre. Dolor de cabeza.

—No sé, ya están cobrados... Creo que cinco.

Morbo, nostalgia y psicología de los viajes. La alegría de andar. La alegría, también, de estar quieto.

—Cuando se ha llevado una vida viajera, acaba uno por no encontrarse en ninguna parte. Estás fuera de España, y España te hace suspirar... Vienes a España y necesitas irte, aunque no sea más que para volver a tu régimen de suspiros. ¿Qué tiempo llevas tú en España?

—No sé... Unos seis años. O siete...

Cuento por de tro: diez y medio. ¡Qué barbaridad! ¿Qué ha hecho uno durante más de diez años? ¿Sólo ir al Gijón? ¡Qué barbaridad!

Pepín Santa Amalia hizo una aparición relámpago, o, mejor dicho, una desaparición relámpago. Tenía "canasta" a las seis.

—¿Venis a cenar con nosotros esta semana?

—Bueno, nos llamamos.

Hay momentos en que me encuentro como ausente, en que casi me salgo de mí de tal manera, que me veo sentado enfrente con la bata a cuadros.

Deben marear un poco a los demás tantos cuadrillos. Ahora me doy cuenta.

—¿Con qué tertulia empezarás tu "Tertulia"?

—Acaso con ésta.

—Cuidado con lo de...

—Oye, que yo no...

—Claro, claro.

Me veo enfrente, fumando interrumpidamente mis horribles emboquillados. ¡Así tienes los bronquios, ladrón! ¡Bueno, bueno!... G. A. Berlanga me habla de cenar con él esta noche. Lo que me faltaba. ¡Encantador Fidel! Me acostaré a las tres o a las cuatro, a ver si ya reviento.

—¿Sabes algo de la vuelta definitiva a España de Ramón Gómez de la Serna?

—¿Y esas declaraciones de Pío Baroja sobre la religiosidad?

—¿Es verdad que Blanca ya no?...

Dibujos de Jean Cocteau. Casi tan buenos, tan finos, tan importantes como su literatura. La mejor colección de mariposas del mundo la ha hecho Manuel Augusto García Viñolas. Se habla también de "La yegua verde", de Marcel Aymé. Alguien

"PUEBLO"
Madrid
18. Enero 1954

—¿Está usted más cómodo vestido así?

—Pues no sé qué decirle... De Edipo no se va nada incómodo. Muntañola me ha acostumbrado a vestir tan bien, que ahora ningún traje puede gustarme demasiado.

Se habla de la vida en otras partes y de la vida en España, en Madrid. Casi todos los tertulios han vivido bajo muchos climas; pero la coincidencia de que el marqués de Santa Amalia sea cubano y de que el conde de Foxá venga de Cuba y vuelva, antes de dos meses, a su puesto diplomático de La Habana, centra la conversación en aquel maravilloso país, que en la bisutería conversacional se ha llamado tantas veces la Perla Antillana, sin que el uso y abuso de la imagen haya hecho perder su valor legítimo a la perla.

—Tal vez sea Cuba donde mejor me encuentre de América —dice Agustín—. Méjico, muy interesante, claro, es ya más remoto para nosotros, incluso cronológicamente. La Habana es la España de principios de siglo en muchas cosas.

Agustín dice, naturalmente, más cosas y bastante mejores. Eso, en realidad, casi ni lo dijo,

Augusto García Viñolas. Se habla también de "La yegua verde", de Marcel Aymé. Alguien que no ha oído el nombre del autor, y no tenía noticia de la novela, cree que es la autobiografía de cierto escritor nacional.

—No, hombre, no; eso sería "la mula verde".

—¡Ah, ya!

Cambio de tazas, recogida de copas. Café con leche. Luz eléctrica. No es que eso fuera todo. Eso fué algo.

César GONZALEZ-RUANO